

COLACHO HERMANOS

Farsa en tres actos y cinco cuadros

De CÉSAR VALLEJO

La Revista LETRAS se honra en publicar la siguiente página inédita de César Vallejo, proporcionada noblemente por su viuda la señora Georgette de Vallejo.

Se trata de dos cuadros correspondientes al primer acto de una farsa de tema nacional en que rebosa la fuerza satírica, la densidad psicológica y social y la protesta humana mezclada de ternura cósmica, como en sus grandes poemas.

Biblioteca de Letras CUADRO PRIMERO «Jorge Puccinelli Converso»

Un radiante mediodía en Taque, aldea de los Andes.
El interior de una tienducha de comercio de los hermanos Colacho.

Al fondo, una puerta sobre una rúa en que se yergue, entre arbustos, una que otra pequeña casa de barro y paja.

A la izquierda, primer plano, una portezuela que da a la cocina.

A la derecha y en el mismo plano, tiradas por el suelo, unas pieles de oveja y una burda frazada : la única cama de los dos tenedores de la tienda.

Más al fondo, horizontal a la rúa, un mostrador. En los muros, casillas con botellas y otras mercaderías de primera necesidad. En monto del conjunto, miserable, rampante.

Es domingo y día de elección de diputado. Se ve pasar por la calleja, yendo y viniendo del campo, a numerosos campesinos —hombres y mujeres—. Los hay bebidos y camorristas. Otros cantan o tocan an-tara, concertina.

Acidal Colacho está muy atareado en arreglar, del modo más atrayente para la clientela, las mercaderías en las casillas.

Acidal es un retaco, muy gordo, colorado y sudoroso. El pelo, negro e hirsuto, da la impresión de que nunca se peina. Tipo mestizo, más indígena que español. Su vestimenta es pobre y hasta rotosa: la camisa sucia, sin cuello ni puños visibles. Lleva espadrillas. Su aspecto y maneras son, en suma, las de un obrero a quien el patrón le hubiese encargado un momento el cuidado de su tienda. Cuarenta años.

Un cliente de unos treinta años, —probablemente el maestro de escuela del lugar,— está leyendo el periódico, sentado sobre un cajón, junto a la puerta que da a la calle.

ACIDAL. — (Sin dejar de trabajar, pregona sus mercaderías a los transeuntes) — Bueno, bonito y barato!... Cigarrillos amarillos! Sal! Ají seco! Pañuelos casi de seda! Velas blancas!

UNA PEQUEÑA. — (De la mano de su madre, desde la puerta.) —¿Tienes, taita, hilo negro?

ACIDAL. — Pasa nomás. Cuánto quieres?

LA MADRE. — (Entrando con la pequeña.) —Un carrete del 40. ¿A cómo está?

ACIDAL. — (Disponiéndose a servirlos.) —Es decir... Es lo único que buscan? No se les ofrece además otra cosita? Anilina? Fósforos? Un buen jabón?

LA MADRE. — Lo que buscamos es, taita, el hilo negro.

ACIDAL. — Pero, hijas, da lo mismo jabón que hilo negro. Cuando la ropa está muy rota, en vez de remendarla, hay que lavarla bien, refregándola con bastante jabón, y entonces aparece relumbrando como nueva. Les venderé un jabón de chuparse los dedos (Les muestra el jabón).

LA PEQUEÑA. — (Saliendo con la madre.) —Qué se hará, pues, taita, si no tienes hilo negro. Estamos apuradas.

ACIDAL. — (Reteniéndolas.) —No se vayan. Tengo también caramelos verdes, manteca, pildoras para el dolor de muela, para las almorranas y para el mal del sueño. (Pero las campesinas han salido. Acidal, desde la puerta, a los transeuntes) Muchachos, hay cañazo, tabaco en mazo, coca de Huayambo y cal en polvo!... (Tres mozos se detienen ante Acidal. Uno de ellos to-

ca su concertina y los otros bailan una danza indígena, haciendo palmas) C....! Qué bomba la que se traen!

MOZO PRIMERO. — Deo gracias, taitita. (Saca de su bolsillo un enorme pañuelo rojo y deshace en él un nudo que contiene todo su peculio) Tienes, pues, taitita, el traguito? (Cuenta sus monedas).

ACIDAL. — Claro, hombre! De primera! Cuánto quieres?

MOZO PRIMERO. — Sólo una botellita. A cómo está?

MOZO SEGUNDO. — A ver, pues, taita, una rebajita!

ACIDAL. — (Sacándoles la botella.) —Cincuenta centavos la botella, con casco y todo. Y qué cañazo! Miren! Con una sola copa, a soñar puercos con gorras!

MOZO PRIMERO. — Muy caro, patrón.

MOZO SEGUNDO. — Cuánto, pues, dices, taita?

ACIDAL. — Cincuenta centavos la botella. Pero, por ser para ustedes y para que siempre vuelvan a comprarme, pegaré, además, en la botella, como regalo extraordinario que les hago a los tres, un papel colorado, con el nombre de la casa. (En un retazo de papel colorado, que ha recogido del suelo, escribe algo con lápiz y lo pega con goma a la botella). Ahí tienen! Llévensela! Aunque se venga abajo mi negocio!... (Los tres mozos, desconcertados del cinismo de Acidal, permanecen pensativos. Acidal, tomando este estupor por estupidez) No entienden todavía? Qué animales! La botella vale para todos los clientes cincuenta centavos....

LOS TRES MOZOS. — Cincuentas centavos!

ACIDAL. — Pero, a ustedes, para que vuelvan a comprarme siempre, les doy, con la botella, un regalo especial para los tres...

MOZO TERCERO. — Qué nos regalas, taita?

ACIDAL. — Les regalo un papel colorado, con mi nombre. Me comprenden?

MOZO PRIMERO. —(Tras de una nueva reflexión, pagando.) —Gracias, pues, taita, tu papelito colorado. Dios te lo pagará.

MOZO SEGUNDO. —(Mirando el papel colorado atentamente.) —Qué regalo más bonito! Con sus letras sentaditas en sus sillas!

ACIDAL. — Un cañazo de 38 grados! Especial para... En qué trabajan ustedes?

MOZO TERCERO. — Somos, taita, pastores.

ACIDAL. — Precisamente, mi cañazo es un cañazo especial para pastores. Los animales, sobre todo los bueyes, en los rodeos de San Pedro y San Pablo, vienen a su pastor por el olor de mi cañazo. Con este cañazo, no hay oveja que se pierda, ni puerco que lo roben.

UN VIEJO CAMPESINO. —(Quitándose el sombrero, entra tímidamente.) —Alabado sea Dios, taita!

ACIDAL. — Entra. Qué se te ofrece? Pasa (Los tres mozos salen, tocando su concertina y bailando. Uno de ellos lleva en alto la botella).

EL VIEJO. — (a Acidal.) Perdóname, pues, que te moleste.

ACIDAL. — Qué quieres que te venda?

EL VIEJO. — (Con un retazo de papel en la mano.) —Para que me digas por cuál de los patronos he votado para diputado. Desde bien de mañana, que di mi voto a los taitas de la plaza, ando por las calles rogando que me digan por cual de los patronos he votado, y no hay nadie quien me haga este favor. (Al oír, esto, el maestro de escuela se acerca al viejo).

ACIDAL. —(Al viejo.) —Dónde tienes el papel que te han dado los taitas de la plaza? Es ése que tienes ahí? (Le toma el papel azul).

EL VIEJO. — Si, taita. Tú verás... (Acidal lee la cédula y el maestro hace lo mismo.) Como yo no sé los nombres de los patronos candidatos, ni sé tampoco leer...

ACIDAL y el MAESTRO. — (A la vez, al viejo.) —Ramal. Por el Dr. Ramal. Has dado tu voto por Ramal. Así dice la cédula.

EL VIEJO. — (Sin comprender.) —Quién dices, taita? Ramar?

ACIDAL y el MAESTRO. — Raaa-maaal— Has votado por el Dr. Ramal.

EL VIEJO. — (Pensativo, mirando al suelo.) —Raaa-maaal... Quién es, pues, taita, el patrón Ramal!... Pst!... (Resignado) Así será, taita! Qué se hará! (El viejo sale) Dios se los page, taitas.

ACIDAL. — (Al maestro.) —Ya ve usted! Casi todos los que votan por Ramal no saben leer ni escribir.

EL MAESTRO. — Y sabe usted quién firma por todos los analfabetos?

ACIDAL. — El "Burro"! Ya lo sé! El secretario de Ramal.

EL MAESTRO. — Pero la vez pasada fue peor.

ACIDAL. — (Lavando unos vasos.) — Cuándo? Ah sí! Cuando las elecciones para Presidente de la República!

EL MAESTRO. — Se acuerda usted? Qué escándalo!

ACIDAL. — En todas las elecciones es igual! (Un grupo de electores pasa delante de la tienda, conducidos por un capitulero, lanzando : "Viva el doctor Ramal! Viva el sordo Deciderio, que le tapo la boca a los soldados...").

EL MAESTRO. — Sabe usted lo que he visto esta mañana, en la mesa receptora de sufragios de la Iglesia?

ACIDAL. — Qué ha visto usted?

EL MAESTRO. — He visto a 27 muertos que votaban por Zaruño! (Aquí, pasa un segundo grupo de electores por la calle, gritando : "Viva Zaruño! Abajo Ramal! Abajo el gendarme, marido de la loca Gumercinda!...". Y el maestro dice entonces a Acidal). Un momentito! Ya regreso! (De un salto, sale a unirse a los manifestantes, gritando a plenos pulmones) Viva, señores el doctor Zaruño!... (La muchedumbre se aleja entre vivas y aplausos, en momentos en que llega Cordel Colacho, de prisa y malhumorado).

Cordel es hermano mellizo de Acidal, con quien tiene un asombroso parecido, físico y moral. Si no fuese por el traje, que es distinto en cada uno de ellos, se les tomaría el uno por el otro. Cordel está vestido, aún más estrictamente que Acidal, de peón, pero de peón endomingado.

CORDEL. — Sacándose la gorra y enjugándose el sudor. — Uf!... C...! Vengo sudando como una bestia! ¿Cómo van las ventas?

ACIDAL. — Pésimas. Y tú? Te ha visto Zaruño?

CORDEL. — No. Pero me ha visto el Tuco. (Abre el cajón del mostrador y cuenta el dinero) Cuánto has vendido desde que me fui?

ACIDAL. — Tres pesos sesenta. La gente ni siquiera se asoma a la puerta. Así me reviente gritando.

CORDEL. — ¿Nada más que tres pesos sesenta, en toda la mañana?

ACIDAL. — No sé como vamos a pagar al viejo Tuco.

CORDEL. — Qué Tuco, ni cuatro gatos negros! Le pagaremos cuando podamos.

ACIDAL. — Hum!... El viejo está furioso por su plata. Acaba de venir la Chepa. Dice que su hermana la Tomasa le ha oído ayer

al Tuco gritar pestes de nosotros. El viejo va ha demandarnos al sub-prefecto para echarnos a la cárcel.

CORDEL. — Chismes y huevadas! (Comiendo golosamente unas galletas). Tengo un hambre feroz! No nos han dado nada en casa de Zaruño.

ACIDAL. — Así, vas a acabar la caja de galletas! Tú sí que eres contra la lechuzal! Ves como estamos y te pones a comer lo poco que hay en la tienda.

CORDEL. — Dejé anoche tres papas en la olla para hoy. ¿Quién se las ha comido? Si estuvieran ahí, no tocaría ahora tus galletas. (Tirándolas a la cabeza de su hermano). Toma! Cómetelas tú! Que te hagan buen provecho! (Un rapazuelo entra corriendo, con varios sobres en las manos).

EL RAPAZUELO. — (Escogiendo uno de los sobres.) — Los señores Colacho? Una tarjeta del alcalde. (Entrega el sobre a Cordel y sale. Cordel abre ansiosamente el sobre y Acidal se acerca a ver de qué se trata. Ambos leen ávidamente una tarjeta que Cordel he extraído del sobre. Cordel vuelve a Acidal unos ojos desorbitados y ambos se miran, mudos de estupor).

CORDEL. — (Releyendo a trozos la tarjeta, pasmado.) — "...a los señores Acidal y Cordel Colacho... a almorzar... Silverio Carranza... alcalde de la provincia..." (Volviéndose de nuevo a su hermano, en un grito de gloria). Acidal! Fíjate! (Le entrega la tarjeta) Una invitación del alcalde de Colca me oyes bien? — nada menos que del señor alcalde de Colca, a los señores Acidal y Cordel Colacho...!

ACIDAL. — Aturdido, relea a su turno. — No es posible!

CORDEL. — Abraza a su hermano. — El alcalde!... A nosotros!... Hermano mío!

ACIDAL. — (Tras una reflexión, se serena y trata de entrever las posibles consecuencias favorables de la invitación). — Huú!... C...! Yo creo que, de esta fecha, nos hemos salvado!... (Se queda pensativo).

CORDEL. — (Paseándose a grandes zancadas, triunfal.) — Al fin, c...! Después de tanto padecer y trabajar! Al fin, somos alguien en Colca!... Ahora sí!... (Lanza una gran risotada de júbilo frenético).

ACIDAL. — (Vuelve a leer algunas palabras de la tarjeta.) — "...tiene el honor..." (Volviéndose a Cordel) Dice que tiene el honor! Lo has leído?

CORDEL. — Tiene el honor! Febresto!... Y lo demás!

ACIDAL. — (Después de leer otra vez la tarjeta, en un sobresalto.) —
Qué hora es?

CORDEL. — (Consultando un enorme reloj de bolsillo.) —Las doce y
veinte. Por qué?

ACIDAL. — Dice que es para la una de la tarde. Ya no tenemos tiem-
po. Habrá que contestar, antes de ir. Cómo se hace en estos
casos?

CORDEL. — Tendrás que ir solo tú, por que me quedaré a cuidar la
tienda. Ya puedes ir vistiéndote.

ACIDAL. — Y tú? Por que no irías tú, que eres más listo y sabes pre-
sentarte entre gente.

CORDEL. — Tú eres el mayor. Van a decirte que somos unos brutos,
que ignoramos urbanidad. Entre la gente decente, es el mayor
de los hermanos que va siempre, cuando no pueden ir los dos...

UNA INDIA. — (Desde la puerta.) —¿Tienes, patrón, azúcar?

ACIDAL. — Entra. ¿Cuánto quieres de azúcar?

CORDEL. — No es hora de vender. (a la india). No hay azúcar. Vuel-
ve. (a Acidal). Hay que cerrar la puerta. Tienes que vestir-
te. (La india sale y Cordel cierra de golpe la puerta de la ca-
lle). Qué ventas ni ventas! Con el almuerzo del alcalde, vas
a ver!... Relaciones, dinero, todo! Así se comienza siem-
pre. Vístete! Ponte el saco azul y el cuello duro.

CUADRO SEGUNDO

Una tarde, en el gran bazar de los hermanos Colacho, en las mi-
nas de Cotarca, de la provincia de Taque.

A la izquierda de la escena, un largo mostrador, que va desde
las candilejas hasta el fondo de las tablas. En las casillas de todos los
muros, sobre cajones y en una parte del mostrados, mercaderías : te-
jidos, víveres, atestando el local.

Al fondo, una ventana, por la que se columbra montañas cubier-
tas de nieve.

A la derecha, dos puertas abiertas sobre una explanada o calle
en construcción.

A la izquierda, detrás del mostrador, una puerta que da a la
trastienda.

Cordel, vestido, como los demás personajes de éste y del cuarto cuadro, contra el frío, aparece de perfil, primer plano, detrás del mostrador, sentado en una oficina pequeña pero confortable y hasta elegante. Está ojeando unos libros de contabilidad, con títulos dorados sobre fondo rojo. Su traje y sus modales indican que ha dejado, al fin, de ser un obrero, para convertirse en patrón. Pero, en el fondo, bajo su cáscara patronal, conserva el tuétano del peón.

Un poco más allá, también detrás del mostrados, lava un lote de botellas, Novo, hijo de Acidal, de unos diez años, flacuchento, tímido y con cara de huérfano.

A la derecha, Orocio, el dependiente —30 años— muy humilde pero activo, sacude y arregla tejidos y paquetes en las casillas.

Cordel echa frecuentemente sobre Orocio y sobre Novo, vistazos de severa vigilancia. Un tiempo.

CORDEL. — (Bruscamente, a Novo.) —Dáme uno de las botellas que has lavado. (Novo, por apurarse produce un choque entre las botellas y rompe dos o tres. Cordel, lanzándose sobre él, furibundo). C...! Qué tienes en las manos, animal! (Novo da un traspié, aterrado) No sabes más que romperlo todo! (Con los puños cerrados, amenazador) Te molería las costillas! Recoja usted esos vidrios! (Novo recoge los vidrios y Cordel lo abofetea. Novo se echa a llorar) Y límpieme ese suelo!... (Novo limpia el suelo) Ya está?... Sigue lavando las botellas! Y cuidado que vuelvas a quebrarlas! Porque entonces si que yo te quiebro las mandíbulas! Un diente por cada botella! ¿Me has oído?... Contesta, estoy hablándote!

NOVO. — (Llorando.) —Si tío.

CORDEL. — (Como pasa cerca de Novo, le mete brutalmente la mano en un bolsillo.) —Qué tienes aquí? (Novo se queda paralizado). No te muevas! (Sacándole del bolsillo un caramelo). Quién te ha dado este caramelo? De dónde lo has agarrado? (Novo no hace más que gemir, con la cabeza baja). Ladrón!... Sabes cuánto nos cuesta a tu padre y a mí un caramelo? Uno sólo?... (Le toma de una mecha de cabellos de cerca de la oreja y le levanta en alto, haciéndole retorcer de dolor). Pedazo de renacuajo!

OROCIO. — (Interviene tímidamente.) —Basta, patrón. Hágalo usted, al menos porque no tiene madre.

CORDEL. — (Soltando su presa, que se ahoga llorando.) —No tiene madre, pero tiene dos padres, en lugar de uno. Yo soy más que

su tío... (A Novo). Debes saber, animal, que yo también soy tu padre, porque lo que comes sale también de mis bolsillos! ...Lava, c...!, las botellas, si no quieres que te meta, como a los soras, a trabajar en los socavones para hacerte volar los huesos a punta de dinamita!

UNA SORA. — (Entrando.) — Buenas tardes, taita.

CORDEL. — Ah, la vieja Rimalda! Cuántos huevos me traes?

LA SORA. — (Poniendo un lote de huevos sobre el mostrador.) — Cuéntalos, taita. Dos semanas de la gallina negra y una de las dos pollas. (Cordel cuenta los huevos). Tu verás... Y me dirás cuántos te he traído en todo y por todo, porque quiero llevar unas cositas de tu tienda.

CORDEL. — Catorce. A tres por medio, son... dos reales y medio.

LA SORA. — Cuánto, taita?

CORDEL. — Hoy me traes catorce. El precio lo veremos después.

LA SORA. — (Pensativa.) — Catorce... Así será, taita...

CORDEL. — Dices que quieres saber cuántos huevos me has traído en todo?

LA SORA. — Si, taita. No me recuerdo.

CORDEL. — (Consultando una libreta.) — Voy a decírtelo... (Escribe unos números en un papel aparte). Aquí está... El 3, me trajiste 8; el 12, 16 y hoy me traes 14... Vamos a ver... (Se dispone a hacer la suma). Mira, Rimalda, bien, para que no vayas a pensar que te robo.

LA SORA. — Vaya con Dios, el taita.

CORDEL. — (Puestas en el papel las tres cantidades, una debajo de otra, en columna vertical, hace la suma, ante los ojos de la mujer, cantando en alta voz la operación). — Cuatro y seis, diez; diez y ocho, dieciocho; dejo ocho y llevo uno... Pero... (Se queda pensando. Mirando afectuosamente a la mujer). Qué te voy a llevar nada a tí vieja!... Para que sigas trayéndome los huevos, no te llevo nada! Mira, pues, lo bueno que soy contigo! No te llevo nada...

LA SORA. — Gracias, pues, taita, que no me lleves nada. Dios te lo pagará.

CORDEL. — Y aunque no me lo pague, Rimelda. Yo soy incapaz de llevarme nada a una pobre vieja como tú... (Vuelve a la o-

peración). Decíamos : cuatro y seis, diez; diez y ocho, dieciocho; Dejo ocho y no llevo nada. Uno y uno, dos. Son 28 huevos en total, los que te debo. (Orocio mira a Cordel, desconcertado).

LA SORA. — Así será, taita.

CORDEL. — (Sacando de un cajón, unas monedas.) —28 huevos a cuatro por cinco centavos, son 35 centavos en total. Aquí tienes tu plata.

LA SORA. — (Recibe las monedas.) —Mil gracias, patroncito. Dios te lo pagará.

CORDEL. — No me agradezcas, vieja. Yo no hago sino cumplir con mi deber. (Presentándole el papel con las cifras de la operación realizada, bien cerca de los ojos de la sora). Mira : estás o nó conforme? Aquí no se engaña a nadie. Tú me conoces bien. (Orocio mira otra vez a su patrón).

LA SORA. — Qué me enseñas, pues, taita, tus escrituras! Si Dios hubiera querido que yo conozca números!...

CORDEL. — Palmeándola en el hombro. —Ah, buenamoza Rimalda! Qué quieres llevar del bazar? Tu tocuyo? Tu sal? Tu jabón?

LA SORA. — Una varita de tocuyo, taita. A cómo está? No sé si podrás dármelo por la platita de los huevos.

CORDEL. — Se te dará tu vara de tocuyo. Orocio, dale una vara de tocuyo a la Rimalda, del de a 30.

OROCIO. — Apresurándose a cumplir la orden. —Muy bien patrón.

CORDEL. — Y tú, Novo, qué esperas que no guardas estos huevos?

NOVO. — (Volando a recoger los huevos.) —Ahí voy, tío.

CORDEL. — (Volviendo a sus libros de contabilidad, a Orocio.) —Dále también medio de sal. (A la mujer). La sal es por los cinco centavos restantes. Quedamos mano a mano. Treinta y cinco centavos justos.

LA SORA. — Así será, pues, taita.

CORDEL. — Y no dejes de seguir trayéndome los huevos, todas las semanas.

LA SORA. — No pierdas cuidado, taita. Cuenta con tus huevitos. (Habiendo sido despachada con la sal y el tocuyo, la sora pone el dinero que le diera Cordel, sobre el mostrador, delante del de-

pendiente, como pago de su compra). Velay... Dios se lo pague, patroncito. (Sale).

OROCIO. — (Guardando el dinero.) —Adios, mama. Que le vaya bien.

CORDEL. — A Orocio. —Contaste cuántos paquetes de fósforos han venido en los cinco cajones recién llegados?

OROCIO. — (Va a consultar unos números en un papel.) —Todavía no, patrón. Aquí están, para sumarlos. (Se dispone a hacer la suma de los cinco cajones).

CORDEL. — Cuántos paquetes han venido en cada cajón? Dímelos cajón por cajón, antes de sumarlos.

OROCIO. — (Consultando sus apuntes.) —En el uno han venido 25, en el otro, 15, en el otro, 17, y en el otro 26, y en otro más, 24.

CORDEL. — (Se acerca a ver que haga bien la suma el dependiente.) —Ahora súmalos. Cuenta fuerte, que yo te oiga.

OROCIO. — Sumando su columna de cinco sumandos. —5 y 5, 10; y 7, 17; y 6, 23; y 4, 27. Pongo siete y llevo 2...

CORDEL. — (Parándolo.) —Alto ahí! Tú no te llevas nada... (Un vistazo, sobre Novo). Qué maneras son éstas de llevarte lo que no te pertenece? Tú no eres aquí sino mi dependiente y no tienes derecho a llevarte nada. (Otro vistazo sobre Novo).

OROCIO. — (Desconcertado.) —Patrón, es sólo para sacar la suma, que yo me llevo 2. Na por otra cosa.

CORDEL. — (Toma el mismo el lápiz para hacer la operación.) —Ya, ya!... Sí!... Yo conozco a mi gente. (Una risita zumbona).

OROCIO. — Yo no he llevado nunca...

CORDEL. — Chut! Silencio! (Otro vistazo sobre su sobrino). Vamos a ver : (hace la suma en alta voz). 5 y 5, 10; y 7, diez y siete; y 6, 23; y 4, 27. Pongo 7 y llevo 2...

OROCIO. — Interunpiéndole. —Usted también, patrón, para sacar la sumja, lleva 2...

CORDEL. — (Violento.) —Yo, sí! No sólo puedo llevarme 2, sino todos los paquetes, puesto que soy el dueño del bazar. Qué cosa!...

Mr. TENEDY. — (Gerente de la "Quivilca Corporation", entra, fumando una gran pipa y dice, seco y autoritario, en un español britanizado y esquemático.) —Don Cordel, buenas tardes...

CORDEL. — (Cambiando su aire de patrón por el de un esclavo.) —Mr. Tenedy! Buenas tardes, Mr. Tenedy... (Le alargla la mano pa-

ra estrechar la del yankee, en el preciso momento en que éste da media vuelta hacia la calle).

Mr. TENEDY. — (Desde la puerta del bazar, dirigiéndose a alguien, que el público no ve.) — Quién va por ahí cantando? Eah!... Esel!... Cht!... Pcht!... (Se oye, en efecto, un tanto distante, un canto indígena, entonado por un hombre. Cordel permanece en silencio y a la retaguardia del yankee, atento a lo que hace y dice Mr. Tenedy, quién se vuelve a la derecha de la rúa y da una orden). Gendarme! Usted!... Gendarme!...

LA VOZ DE UN GENDARME. — Su señoría? (Aparece y se cuadra respetuosamente ante Mr. Tenedy).

Mr. TENEDY. — ¿Oye usted ese canto que se aleja por el camposanto?

EL GENDARME. — Es un peón, de los de Colca, Su Señoría.

Mr. TENEDY. — Hace muchos días que ese peón anda cantando aires de Colca. Es señas que extraña su familia y tiene pena de su tierra. Uno de estos días puede mandarse mudar. Vigílelo. Usted me responde de él. (Mr. Tenedy, dicho esto, vuelve a entrar en el bazar).

EL GENDARME. — Muy bien, Su Señoría. Perfectamente, Su Señoría. (Se va).

Mr. TENEDY. — Don Cordel, la empresa necesita en el día 50 peones más. Los soras continúan huyendo. Ya no quedan en los socavones gente de Colca. En los talleres de fundición faltan mecánicos y obreros competentes. Hágame el favor, don Cordel, de reemplazar por lo menos, a los soras que han huído o han muerto en este mes.

CORDEL. — Voy a dirigirme, Mr. Tenedy, por telégrafo a Acidal. Hoy mismo! En el acto! Aunque, como usted sabe, Mr. Tenedy, los indios ya no quieren venir. Dicen que es muy lejos. Quieren mejores salarios. El entusiasmo del comienzo, ha pasado...

Mr. TENEDY. — Lo sé. Pero, ¿y el sub-prefecto qué hace? Para qué sirven sus gendarmes? Don Cordel, ya estoy cansado de estos chismes. La empresa necesita 50 peones y ustedes me los ponen aquí, antes de fin de mes, sea como fuese.

CORDEL. — Mr. Tenedy, se hará lo que se pueda.

Mr. TENEDY. — No me diga esto, usted, don Cordel. Dígame categóricamente que vendrán esos 50 peones. Es urgente. Impostergable.

CORDEL. — (Doblando la frente.) —Mr. Tenedy, vendrán esos peones, cueste lo que cueste.

Mr. TENEDY. — Los cincuenta. Ni uno menos.

CORDEL. — Sí, Mr. Tenedy. Voy, en este momento, a telegrafiar a mi hermano.

Mr. TENEDY. — (Las manos para irse.) —Eso es. Bien... Ninguna novedad por aquí?

CORDEL. — Ninguna, Mr. Tenedy.

Mr. TENEDY. — Hasta luego, Mr. Tenedy. (Mr. Tenedy, al salir se cruza en la puerta, con un sora joven, frágil y de aire enfermizo).

EL SORA. — (Se quita el sombrero y cae de rodillas ante Mr. Tenedy, aterrado.) —Taita!... Taita!...

Mr. TENEDY. — (Que ha vuelto sobre sus pasos hacia el centro de la tienda.) —Cholo! Tú eres uno de los prófugos! De dónde vienes ahora? Cuándo has vuelto? Levántate y responde.

EL SORA. — (Levantándose, con una timidez que hace su voz imperceptible, sin alzar la cabeza y siempre sin sombrero, los brazos cruzados.) —Perdóname, pues, taita! Enfermo! Las espaldas! No me he ido! Las espaldas!...

Mr. TENEDY. — (En un grito estridente y violento como un rayo.) —Qué? Cómo!... (El sora ha dado un salto y cae al suelo, fulminado); se contrae convulsivamente y al fin se queda rígido).

CORDEL. — (Se acerca al sora y le mueve con la punta del pie.) —Huato! Levántate! Levántate, animal! Qué tienes? Oye, Huato?...

Mr. TENEDY. — Raza inferior, podrida! Se les mata con un grito.

CORDEL. — (Golpeando siempre con la punta del pie la cabeza del sora inmóvil.) —Levanta! Huato! Anda...! (Y como Huato no da señales de vida, Cordel le examina con un dedo los párpados abiertos del sora). Estás mirando y te haces el muerto... (Levantándose, al yankee). Creo que no respira Mr. Tenedy.

Mr. TENEDY. — Este bribón huyó, hace más de un mes, con siete más.

CORDEL. — No pensó que íbamos a reconocerle. (Aquí, el cuerpo del sora se incorpora de golpe, como movido con un resorte. Una mirada larga, fija, sanguinolenta y vacía rueda en sus órbitas. Huato gira luego sobre sus talones, los brazos abiertos, desparovido, lanzando gritos).

EL COMISARIO. — (Entrando.) —Mr. Tenedy, buenas tardes. Qué sucede? (Sujeta inmediatamente por un brazo a Huato y Cordel por el otro).

EL SORA. — (Temblando, los ojos fijos en Mr. Tenedy.) —El taita! El taita!...

Mr. TENEDY. — (Al comisario.) —Que declare en el cepo, donde están sus compañeros de fuga. Si no declara, déjele en barra hasta mañana. (Ordena y sale).

EL COMISARIO. — Perfectamente, Mr. TENEDY. (Dos gendarmes entran). Llévense a éste a la barra. (Los gendarmes toman al sora por los brazos y le llevan).

EL SORA. — No cesa de dar gritos de terror.— El taita! El taita!... El taita!

CORDEL. — Indios brutos, perezosos, huilones!

EL COMISARIO. — Temblaba como un perro envenenado.

CORDEL. — De puro miedo al gringo. Los soras, apenas lo divisan, se ponen a temblar y hasta se echan a correr como el diablo. (Una pareja de soras penetra al bazar).

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»
